

VIDA CULTURAL

CIRILO Y CECILIA

Se anima y remoja esta tarde dominical, bajo el palio de los cielos altos, la Loma del Angel. Habaneros: es fiesta y hay culto en el altar de la patria. Alardea el aire con fragancias añejas su mocedad gentil. Y por las calles pinas y los callejones típicos, el alma de la ciudad, con mantilla y peinetón rumbea su rumbo rumboso. Ahí está de nuevo Cecilia Valdés. Vedla "más bien delgada que gruesa, para su edad antes baja que crecida" con "las mejillas llenas y redondas y un hoyuelo en medio de la barba", vedla que se inclina con gracia junca. — "hermoso y flexible talle que no hay modo de compararlo sino con la base de una copa" — ante el busto de su progenitor espiritual y eterno: Cirilo Villaverde. Ahí está el hombre en recuerdo fervoroso perpetuado en piedra. Lado sea Dios ¡y cómo repican a gloria las campanas del Angel y responden solemnemente las de la Catedral!



Era hora de que la Loma del Angel, yema de huevo del habanero, orgullo y capullo de la flor de la gracia criolla, tuviera a Don Cirilo y Cecilia para que, admirándole perpetuamente a él, recuerden o conozcan quienes vean el pequeño monumento, a la mujer representativa y mestiza, criolla y conjunta, que, en viéndola, no ha-

brá de quedarles "en el ánimo vagar sino para admirarla y pasar de largo por las faltas o las sobras de su progenie".

¡Admirable, venerable, prodigioso y acucioso Villaverde! Todo en él era cubano. Su Emilia estaba en pie en su vida, ardida, impetuosa, apasionada de cubanismo, exagerada de honradez patriótica. Todo en Cirilo Villaverde trasunta y rezuma cubanismo. Cecilia es la culminación de su amor cubano. Se yergue sobre el panorama del oprobio, sobre el dolor de lo criollo, sobre la laxitud de las costumbres, sobre el dolor de las sumisiones desesperadas, para afirmar la realidad vital, la viva afirmación de lo cubano. De lo criollo, que es lo específico. La Loma del Angel es, desde que la pluma fecunda de Don Cirilo avecinó en su barrio la gracia morena, el alma honesta, la gallardía cimbreña de Cecilia, arquitectura criolla, urbanismo criollo en la gran ciudad eterna de la Historia. La fiesta de hoy, la inauguración de ese pequeño monumento desde el cual Cirilo Villaverde, con ojos ciegos de luz, abiertos en la sombra, videntes en la piedra, contemplará aquello que él creó, porque le dió el alma, y a cuyos pies podrá venir a depositar sus cuitas Cecilia, la desdichada noble, la criatura de gracia y de dolor, pura en el fuego y en la carne, en el alma y en la simplicidad, es una bella página por la que el habanero, el cubano, el criollo han de dar, elogiosos y plaudentes, gracias a los que supieron llevarla a término, por iniciativa de nuestro

compañero Ferrer de Couto, en su columna de INFORMACION.

No voy a cometer la pedantería inútil de "descubrir" la novela "Cecilia Valdés". Su protagonista es amiga de todos los cubanos, que la conocen bien. Pero creo debe hoy subrayarse la significación de ese monumento literario cubano, piedra angular de un edificio que no se ha construido nunca. Una primera piedra abandonada; una más. (No olvido las novelas estimabilísimas de los escritores, pretéritos; pero son "otra cosa", como lo son también las de los excelentes novelistas cubanos de hoy).

El doctor Juan J. Remos en su "Historia de la Literatura Cubana", tan certeramente sistematizada, tan hondamente certera en la apreciación y el juicio, dice: "Junto al mérito del prosador atildado, del purista excelente resalta el compulsador avisado y minucioso de una época. Por algo es Villaverde discípulo fiel y original de Scott y Manzoni. Pero su novela, aunque inspirada en los moldes románticos de "Ivanhoe", tiene una técnica realista, articulada en el costumbrismo, que la reviste de positivo valor personal y la distingue por completo de la fisonomía de las obras de aquellos dos novelistas citados". Y antes, en páginas de estudio previo de la novela sin entrar en análisis detallista, ha dicho el ilustre profesor que en "Cecilia Valdés" Cirilo Villaverde "ha trazado una magnífica epopeya social cubana".

Acaso reside ahí, sagazmente señalado, el gran mérito que inmortaliza todos los demás que pueden apreciarse en la famosa novela de Villaverde. Es también aquel aspecto "histórico" a que aludiera el malogrado Manuel de la Cruz. La gran significación de esa literatura costumbrista que, como hace notar el doctor Remos, culminó en Villaverde —y precisamente en "Cecilia Valdés"— y que en los Betancourt, en Suárez y Romero, en el Lugareño, tuvo sus cultivadores en un período que puede considerarse villaverdino —está en la levadura con que provee el fermento de lo histórico. Y en esta preciosa y precisa utilidad, palpitante y manifiesta en el latido mismo de

la imaginación, pocas novelas, acaso ninguna (sobre todo de su tiempo) aventajan a la "Cecilia Valdés" de Cirilo Villaverde. Como dice Remos, en ella el autor "hizo creación realística de personajes, que viven en la acción, en el pensamiento y en el diálogo; y dejó en sus páginas frescos colosales que evocan con poder incontrastable un período sombrío de nuestra historia colonial y el canto perenne de exuberancia y belleza de la natura criolla".

Exactamente; y esa que podríamos llamar antinómica presencia en la novela de los dos valores en pugna, esa erguida figura de Cecilia "la natura criolla" sobre el panorama degradado y "el drama sombrío" es lo que, por encima de sus inegables valores literarios, la procura a "Cecilia Valdés" su razón de inmortalidad, su pujanza de valor histórico.

...Y ahora, del brazo de nuevo Cecilia y Don Cirilo, tienen por suya la Loma del Angel. Ahí está el pequeño monumento, grande en el acierto de un fervor que tiene mucho de reafirmación histórica. Ahora, puede el transeunte detenerse a oír la voz del silencio... En el aire tiembla la piedad del Angelus... Por la calleja estrecha, Cecilia cimbreado el talle, encendidos de amor los ojos bajo los cabellos negrísimos, va al baile. Se respira el vaho de la tierra mojada y es criolla la suavidad del atardecer... Todo Villaverde está ahí, con Cecilia y la Loma. El transeunte rememora: "Desde por la tarde habían estado cayendo los primeros chubascos del otoño, y aunque habían suspendido hacia el oscurecer, tras de haber empapado el suelo, dejando las calles intransitables, no habían refrescado la atmósfera..."

RAFAEL MARQUINA.

*Mayo 26/46*